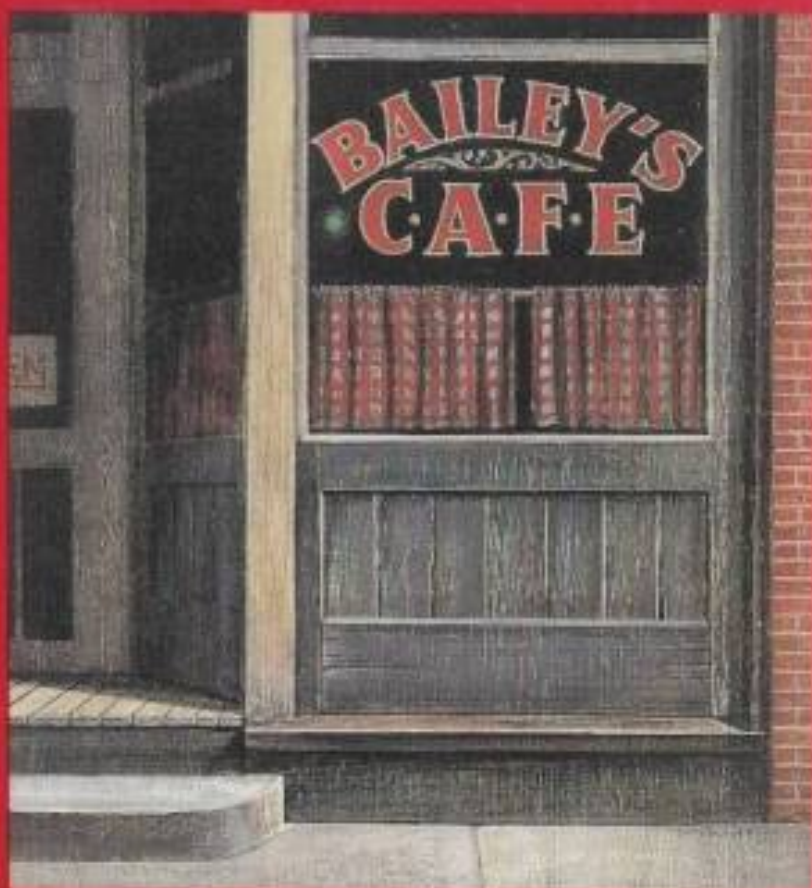


Gloria Naylor

EL BAR
DE BAILEY



«Fui a la guardería de las calles embarradas de Brooklyn, acabé la enseñanza primaria cuando me casé con Nadine y saqué el primer título en el Pacífico; y este bar, precisamente ahora, me está valiendo un doctorado en Filosofía y Letras. Se podría decir que mi especialidad académica es la Vida, plantado delante de esta parrilla y viendo cómo la puerta se abre y se cierra, se abre y se cierra, conforme entra gente de todo Estados Unidos y parte del extranjero».

El café sabe a rancio, la comida es grasienta y los clientes no pueden elegir lo que van a comer, salvo los fines de semana. Y sin embargo, los asiduos al bar de Bailey lo encuentran casi acogedor, tal vez porque Bailey, un tipo bastante simpático que en realidad no se llama Bailey y que conquistó a su mujer Nadine echándole un helado por la espalda, está siempre dispuesto a escuchar sus historias. Estamos en Brooklyn, en 1948, y por este confín del mundo desfilan una serie de personajes que representan lo peor de la sociedad. No son estereotipos de nada ni de nadie, antes bien una curiosa muestra de la infinita capacidad de la especie humana para producir seres únicos e irrepetibles. Y aunque la vida no ha sido muy amable con ellos, en el bar de Bailey no cabe el sentimentalismo; las cosas son como son y las ilusiones tan sólo eso, ilusiones.

Gloria Naylor, junto a Toni Morrison una de las voces más prestigiosas de la literatura afroamericana actual, nos va presentando, con su especial sentido del humor y la ironía, una curiosa galería de supervivientes que, eso sí, nunca pierden la esperanza. Con el ritmo de una canción de blues, aunque siempre a un paso de la farsa, *El bar de Bailey* invita al lector a compartir los avalares que moldean, a veces con resultados imprevisibles, las vidas de los demás.

Índice de contenido

Cubierta

El bar de Bailey

Prólogo

El bar de Bailey

Música, maestro

El acompañamiento

La improvisación

 Humor: Índigo

 La canción de Eva

 Dulce Esther

 María (Primera grabación)

 Jesse Bell

 María (Segunda grabación)

 «Blues» de la señorita Maple

El manto

Sobre el autor

Notas

Para las dos Luecelias:

1898-1977

1951-1987

La autora desea agradecer a la Fundación Guggenheim y a Jonathan Culler, de la Society for the Humanities de la Universidad de Cornell, su generosa ayuda económica y moral durante la redacción de esta novela.

*silencio ahora que lo oyes no puede estar
tan lejos
se necesitan los blues para llegar allí
atiende y llegarás a oírlos atiende y los oirás
los blues abren un local que no cierra nunca:
el Bar de Bailey*

PRÓLOGO

Gloria Naylor pertenece a la generación de escritoras negras que surgió en los Estados Unidos como consecuencia del Movimiento de los Derechos Civiles en la década de los 60 y que impulsó a la población de color a afirmar una identidad que la historia les había negado. La intensa actividad política de esos años, las manifestaciones masivas en las que la comunidad afroamericana reclamaba sus derechos como ciudadanos y denunciaba la discriminación racial, movilizó a la totalidad de la población de color, incluidas las mujeres. Por primera vez de forma colectiva, la mujer afroamericana adquirió una conciencia social y un protagonismo decisivo en el cambio histórico. Un cambio que iba a incidir en ella como persona de color y, sobre todo, como mujer de color. Asimismo, el movimiento feminista, activo en extremo en esa misma década, fue incorporado por la mujer negra, víctima, desde su llegada al Nuevo Continente, de una doble carga: el racismo y la discriminación sexual por parte de la sociedad patriarcal afroamericana. En los años 60, un nuevo sentido colectivo de raza y de

lo que significaba ser una mujer afroamericana había nacido.

A mediados de los años 70 y definitivamente en los 80, la convulsión vivida en la década anterior cristalizó, en el ámbito literario, en una prolífica obra de creación que innovaba la tradición literaria norteamericana y ponía en tela de juicio el canon de lo establecido. Las escritoras negras norteamericanas, herederas de una tradición de lucha y supervivencia, volcaron en sus escritos toda la fuerza, la creatividad, el sentido práctico, la magia y el humor que la mujer afroamericana había necesitado desde la época de la esclavitud para sobrevivir.

Y el resultado ha sido espléndido. Han surgido escritoras de la talla de Alice Walker, Maya Angelou, Toni Cade Bambara, Audre Lorde, Mary Helen Washington, Toni Harrison, Gloria Naylor, entre otras. A Gloria Naylor le fue concedido el American Book Award for First Fiction en 1983 por su novela *The Women of Brewster Place*. Alice Walker y Toni Morrison obtuvieron el Premio Pulitzer de Literatura y Toni Morrison ha sido galardonada con el Premio Nobel de Literatura en 1993. Todo ello ha contribuido a que la literatura afroamericana, especialmente la obra de creación de sus escritoras —prácticamente ignorada en la tradición literaria norteamericana—, haya conseguido consolidar definitivamente su reconocimiento a nivel nacional e internacional.

El nuevo cometido de estas escritoras radica en hablar por sí mismas de ellas mismas, de su comunidad, del riquísimo legado cultural afroamericano y denunciar firmemente los efectos distorsionantes y devastadores del racismo y del sexismo y dar a conocer al mundo la belleza, la solidez, la vulnerabilidad y la profunda afirmación de la vida que la mujer negra ha demostrado tener a lo largo de la historia.

Gloria Naylor cumple este cometido brillantemente y lo lleva a cabo a lo largo de su obra (4 novelas publicadas hasta ahora). En *El bar de Bailey*, su cuarta novela, la escri-

tora incorpora la magia sugerente de la música afroamericana. En el pequeño café, situado en la calle 125 de Manhattan muy cerca del río Hudson, sólo las notas musicales de un tocadiscos automático acogen al caminante y evitan que siga su curso hasta el río. Por ese lugar de encuentros casuales desfila una serie de personajes cuyas vivencias desafían los límites de la imaginación. Los protagonistas masculinos y femeninos, cuyas vidas son relatadas en capítulos independientes y enlazados entre sí, son impresionantes. Son personas absolutamente insólitas que reflejan en sus espeluznantes historias personales las tensiones de la población negra, especialmente las mujeres, en el ambiente hostil de los años de la Depresión y de la Segunda Guerra Mundial. El comercio con sus cuerpos es, para la mayoría de las protagonistas, el único medio para subsistir. Para otras, el sexo se convierte en una forma de entender la vida.

De hecho, lo que Gloria Naylor explora en esta obra es la complejidad y la franqueza con que las mujeres abordan su propia sexualidad, así como la distorsión que experimentan en las relaciones sexuales que les son impuestas. Todo ello desde una óptica de mujer, concreta, abierta, sorprendente y sobrecogedora, entremezclada con pinceladas de un realismo crudo, casi ofensivo, de esperanza, de amargura, de pragmatismo, y también de magia y poesía.

Y como telón de fondo, las notas musicales del pequeño bar de Bailey donde cada personaje femenino entona la canción de su propia historia y, juntas, el blues sinfónico de Gloria Naylor.

Àngels Carabí
Profesora de Literatura Norteamericana
Universidad de Barcelona

El bar de Bailey

MÚSICA, MAESTRO

No puedo decir que haya recibido una educación elevada. Educación libresca. Aunque el instituto allá por los años veinte era un auténtico colegio, no en lo que lo están convirtiendo ahora los jovenzuelos, y por más que Erasmus Hall en general y en particular la señorita Fitzpatrick sigan diciendo que la crema flota, la crema de la crema, el colegio no es el sitio donde verdaderamente se aprende.

Yo fui a la guardería de las calles embarradas de Brooklyn, acabé la enseñanza primaria cuando me casé con Nadine y saqué el primer título en el Pacífico; y este bar, precisamente ahora, me está valiendo un doctorado en Filosofía y Letras. Se podría decir que mi especialidad académica es la Vida, plantado delante de esta parrilla y viendo cómo la puerta se abre y se cierra, se abre y se cierra, conforme entra gente de todo Estados Unidos y parte del extranjero.

En realidad algunos creen que han entrado por una taza de café, aunque pronto descubren que hacemos un café asqueroso. El molinillo está roto y nunca estoy seguro del granulado que me sale en cada hornada. De todos modos, lo pongo a cocer. Y está fuera de toda duda que el sabor queda tapado por el de la comida: adquiriré mis artes culinarias en los ranchos de la marina, donde se aprende que con un poco más de sal y de grasa se resuelven todas las quejas.

Luego están los pocos que creen que es el pastel de melocotón de Nadine lo que les hace volver por aquí. Admito que el pastel casi es espectacular. Pero ella sólo lo ha-

ce cuando está en vena y sólo lo pone en los respectivos platos y lo sirve cuando la vena le vuelve.

Y no es posible que sea por la compañía, como piensan otros. Nuestros clientes son todos tan distintos que todavía estoy por ver a alguien que congenie aquí. Pero esa puerta seguirá abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose.

No vienen por la comida y no vienen por el ambiente. Uno o dos de los inteligentes se imaginan eso, como yo me imagino que no abrí el negocio para ganarme la vida —el encanto personal no es mi punto fuerte— ni que aquí sigo por ganarme la vida —lo que no es fácil de hacer cuando la esposa de uno es quien maneja la máquina registradora y no está claro cuándo ni cuánto cobrará.

No, señor, estoy en esta parrilla por la misma razón que ellos siguen viniendo. Y si esperan encontrar la respuesta en cuatro palabras, se equivocan. La respuesta radica en quién soy yo y en quiénes son mis clientes. Hay aquí todo un repertorio para interpretar si uno está dispuesto a quedarse y escuchar música. Y puesto que ocupo el centro del escenario, estoy seguro de que ustedes disfrutarán si empiezo por imponer el ritmo con unos cuantos chismes sobre mí mismo. (Nadine, a ti nadie te ha preguntado).

Me crié en Flatbush, creyendo que Brooklyn era la capital del mundo y que toda la gente de color excepto mi familia era rica. Yo no era un niño tonto; Brooklyn tenía el estadio de Ebbets y los Brooklyn Royal Giants, y puesto que el béisbol, el buen béisbol, era lo único que me importaba, esto lo confirmaba al margen de cualquier otra cosa importante que pudiera haber en el mundo. Y desde luego, mis ojos no me engañaban: los cocheros de librea, los abrigos de martas cebellinas y las mansiones significaban ser rico, mientras que levantarse a las cinco de la mañana para cargar la caldera, preparar el desayuno y sacar la ropa de la mañana para gente como aquélla significaba que uno no lo

era. Y ésta es la razón de que mis padres hicieran de mayordomo y de cocinera para los Van Morrison, que eran tan de color como nosotros; y por supuesto todos sus amigos parecían tan de color como nosotros, y si bien yo no podría garantizar cuáles eran sus hogares, nada podría negar los vestidos de seda y los sombreros de copa hechos de castor con que descendían de los bruñidos carruajes ante la fachada de la casa para asistir a los bailes de los Van Morrison.

Éstas eran las únicas personas de color que yo había visto hasta que mi padre empezó a llevarme a los partidos de béisbol, y entonces sencillamente imaginaba que los demás cientos de negros que me rodeaban eran como los amigos de los Van Morrison, sólo que menos vestidos, de acuerdo con las circunstancias. Lo que no me imaginaba es que fueran como nosotros, porque no había otros sirvientes de color en nuestra vivienda ni en el barrio. La doncella personal de la señora Van Morrison era una sueca de grandes pechos cuyo primo hacía el doble trabajo de cochero y jardinero. Los dos comían en la cocina con nosotros y se quejaban a voces de la señora Van Morrison tanto como mi madre. Esto dejaba aislada a Bella, la polaca que venía tres veces a la semana para lavar y hacer la limpieza pesada. Las demás viviendas del barrio eran de gente blanca que tenía criados franceses, suizos o alemanes. Así que me había hecho yo una composición de lugar bastante buena a pesar de tener cinco años: había gente blanca rica, gente blanca pobre, gente de color rica... y nosotros.

Si mi hermano mayor no hubiera sido mucho mayor que yo, probablemente me habría explicado las cosas un poco antes de que las aprendiera por mí mismo. Pero con una diferencia entre nosotros de doce años, él ya andaba por el mundo antes de que yo comenzara la guardería:

—A labrarse un porvenir —mi madre.

—Un muerto de hambre —mi padre.

Los míos no estaban de acuerdo en casi nada, comenzando por su primogénito y acabando por los Van Morri-

son. Mi padre se habría dejado cortar el cuello por el señor Van Morrison. Mi madre odiaba a la señora Van Morrison con esa callada pasión característica de las mujeres: la que arde con poca llama, despacio y mucho tiempo. Si un hombre sintiera tanta aversión por alguien como sentía mi madre por aquella mujer, lo arrastraría y le daría un puñetazo en la cara, y se atendería a las consecuencias. Pero una mujer sabe retrasar la cosa —durante años— e ir dando picotazos, picotazos y picotazos hasta causar la muerte. Yo pensaba que mi madre no echaba veneno a la señora Van Morrison porque nosotros nos comíamos todo lo que les sobraba de la cena, pero ahora sé que disfrutaba odiando a aquella mujer y que habría hecho cualquier cosa por mantenerla viva y coleando, con tal de que la cosa pudiera seguir eternamente.

Yo me preguntaba cuál pecado era mayor y cuál menor: que la señora Van Morrison no se mereciera al señor Van Morrison por ser una mujer de dudosa virtud o porque intentó impedir que contratara a mis padres. Dando por supuesto, según mi madre, que la dudosa virtud debía significar algo referente a la juvenil carrera escénica de la señora Van Morrison:

—En la ópera —mi padre.

—En las variedades —mi madre.

O bien con su breve relación con un burdel londinense:

—Como decoradora de interiores —mi padre.

—En los interiores y punto —mi madre.

Pero incluso mi padre admitía que la señora de la casa poco menos que temblaba cuando el marido insistía en poner en plantilla a mis padres. Y mi madre conseguía sacarle esta concesión a mi padre porque éste venía así a demostrar lo maravilloso que era el señor Van Morrison, todo un hombre.

El señor Van Morrison había hecho una pequeña fortuna como comerciante de té y especias, que convirtió en una gran fortuna gracias a varias sagaces inversiones inmobilia-